

DIEGO

Bien se ve que la señora
Es prudente y de talento.

CIRIACO

Nada de eso; es un jumento,
Una furia, una habladora,
Y yo también soy un bruto
Que conociendo ese bicho,
En repeler su capricho
Me he mostrado irresoluto.
Yo debí seguir de frente
Mi vocación primitiva,
Y obrar como fuerza activa
No como fuerza paciente.
Yo no debí despreciar
Por llanto ni por simplezas,
Los empleos, las riquezas
Ni la fama militar.

DIEGO

Pero en cambio, el matrimonio
Proporciona otros placeres.

CIRIACO

¡Reniego de las mujeres!
La mujer es un demonio.
Sin ellas ¡cuán alto puesto
En mi patria habría alcanzado!
Tal vez Ministro de Estado.....
¿No lo cree usted?

DIEGO

Por supuesto.

CIRIACO

Afortunado el mortal
Que en libertad se conserva,
Y sus potencias no enerva
El yugo matrimonial.
Feliz quien sin sobresalto
De doméstica reyerta,
Entra y sale por su puerta
Sin que nadie le diga ¡alto!

DIEGO

Yo por ejemplo.....

CIRIACO

Verdad;

Ni esa idea idea usted revoque,
Ni tenga mas rey ni Roque
Que su propia voluntad.

DIEGO

Por lo dicho, usted no estima
Que se case su hija pronto.

CIRIACO

Puede ser que haya algun tonto
Que se eche algun fardo encima.
Y no lo digo porque ella
Tenga un filiz que no cuadre,
Porque es pintada á su madre
Cuando era niña doncella;
Sino porque es, á mi ver,
La mayor de las locuras
Ponerse un hombre ataduras
Que nunca puede romper.

DIEGO

Pues segun tengo entendido,
Además de ser hermosa,
Es Jacintita juiciosa
Y de alcances.....

CIRIACO

Concedido.

La chica no es torpe, no,
Ni renga, ni sin nariz,
Pero es la causa motriz
De que no figure yo.
Cobarde como ella misma,
Si oye reventar un cohete
Bajo la cama se mete
Aunque se rompa la crisma.
Y si por la calle acierta
Á pasar una patrulla,
Echa á correr, hace bulla
Y grita — ¡cierren la puerta!
Cuando esto oye mi conyunta,
Que sueña en revoluciones,
Á pláticas y empellones
Me aturde y me descoyunta,
Y aunque no puedo decir
Que me hace ya prisionero,
Pero me esconde el sombrero
Y no me deja salir.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

Nació en Lima en 1831.

Fué su padre el ilustre general Salaverry.

Muy niño aun, nuestro poeta tuvo que soportar la desgracia que le acarrea la irreparable pérdida de su padre, que moría en el cadalso, sacrificado por la cobarde ambición de un usurpador extranjero, Santa-Cruz.

Solo en el mundo, á la edad de quince años, abrazó la carrera de las armas, sentando plaza de cadete. La literatura peruana le debe numerosas obras. Ha cultivado el género lírico y dramático, llegando á ser, en el último, una verdadera reputación literaria.

Salaverry y Segura son en el teatro del Perú, lo que Márquez en la poesía lírica, Paz-Soldan en la descriptiva, Pardo en el género satírico.

En este poeta no todo es el pasado ni su brillante aureola del presente; jóven aun, el porvenir le pertenece. En la actualidad se halla viajando por Europa.

¡FELIPE PARDO!

¡La humilde flor, que el delicado broche
Abre, bajo el rocío de la noche,
Y en las tinieblas sus aromas vierte,
Seméjase á mi musa desolada
Cantando las grandezas de la nada
Y el esplendor sombrío de la muerte!

¡No sé qué lazo oscuro y misterioso
Me liga á la morada del reposo
Y del silencio y soledad desierta!
¡La oscuridad me atrae y me cautiva:
Que otros alaben la grandeza viva,
Yo solo ensalzo la grandeza muerta!

Derrame el ruiseñor de los palacios
En cascadas de perlas y topacios,
Las notas de su cántico sonoro,
Y el canario, en los aires suspendido,
Embelece los ojos y el oído
Con dulces trinos entre alambres de oro.

Del altivo poder y la riqueza
Cante el bardo la fama y la grandeza,
Risueño el lábio y de alabanzas lleno,
Yo, triste cortesano de la tumba,
Canto á la majestad que se derrumba
De eterna noche en el profundo seno.

¡Pardo!... ¡yo soy! La eternidad te encierra,
Los pliegues de una sábana de tierra
Apagan de mi canto los rumores,
Mas el que un día, acariciaste niño,
Te dará, cual ofrendas de cariño,
Coronas mil de inmarchitables flores.

Nada mi voz añadirá á tu fama
Que en repetidos ecos se derrama
Como el ruido del mar ola tras ola;
Pero un recuerdo mas, esta plegaria
De un alma siempre esquiva y solitaria,
Añadirá una lágrima á tu aureola.

Cubre un velo de sombras el proscenio
En que irradiaba tu preclaro ingenio,
Con donaire gentil y gracia suma;
Pero vive en las letras tu memoria,
Y ha sido el testamento de tu gloria.
Que nadie herede tu festiva pluma.

Contigo muere la feliz letrilla,
La sátira inmortal que armada brilla
Con el venablo de bruñido acero;
Y dejas que la envidia se consuma
En busca de un pincel como tu pluma,
Ó de paleta igual á tu tintero.

La fecunda y radiosa fantasía
Brotó en la tierra como flor tardía
Que á distancia de siglos aparece;
¡Bajo el prisma del alba se colora,
Pero al nacer, desde temprana hora,
Bajo la planta del dolor perece!

¡Quién sabe cuántos siglos de era en era,
Tardó del tiempo la fugaz carrera
Para crear á tan ilustre bardo!
Y hoy que la muerte sus ramajes trunca,
¡Quién sabe si el Perú no tendrá nunca,
Ni renazca jamás — FELIPE PARDO.

VERSO Y PROSA

La musa, ayer, avasallaba el vuelo
Del águila soberbia y majestuosa,
Mientras inculta la villana prosa
Surcos trazaba en el estéril suelo;

Pero la prosa, con el áureo velo
Que audaz le usurpa á su rival hermosa,
Poética, inspirada, esplendorosa,
Libre de la cadencia, invade el cielo!

¡Llorad en vuestras harpas, trovadores,
El pasado feliz!... el mundo avanza!...
Derribar es la ley del universo!...

Ya para vuestras rimas no hay lectores: —
¡La bella prosa al porvenir se lanza,
Y oscuro yace, DESTRONADO EL VERSO!

EL AMOR Y LA BOTELLA

Rompe el espejo ya que te alecciona
En el disfraz de nuestro amor ardiente:
Todo — el silencio mismo — nos desmiente,
El corazón se escapa y nos traiciona.

El amor que las almas ilusiona
Siempre desborda su escondida fuente,
Como el licor de la Champaña hirviente
El estrecho cristal que lo aprisiona.

En vano lo comprime un débil corcho
Y en bóveda de vidrio lo encarcela,
Porque no se evapora y se consuma;

Apénas sus alambres desentorcho,
Cuando el tapon estrepitoso vuela,
Y el vino salta en borbollón de espuma.

MI POEMA

Tengo, como Colón, un nuevo mundo
De seres que mi espíritu ha soñado;
Un bosque virgen que ninguno ha hollado,
En el seno de América fecundo:

Es la gruta escondida en lo profundo
De un piélago de flores ignorado;
Con toda mi existencia la he creado,
¡Y para darla á luz basta un segundo!

¡Ah! si creyera en tí, postuma gloria,
Dírate el mundo que mi frente quema
Por un solo suspiro á mi memoria!

¡Tu eres un sueño...! y cuando yo sucumba,
Bajo el peso mortal de mi poema
Escrito en mi alma bajará á la tumba!

Á LA ESPERANZA

Yo sé que eres una ave fugitiva,
Un pez dorado que en las ondas juega,
Una nube del alba que despliega
Su mirage de rosa y me cautiva.

Sé que eres flor que la niñez cultiva
Y el hombre con sus lágrimas la riega,
Sombra del porvenir que nunca llega,
¡Bella á los ojos, y á la mano esquiva!

Yo sé que eres la estrella de la tarde
Que ve el anciano entre celajes de oro,
Cual postrera ilusión de su alma, bella;

Y aunque tu luz para mis ojos no arde,
Engáñame ¡oh mentira! yo te adoro,
Ave ó pez, sombra ó flor, nube ó estrella.

AL CÉLEBRE OCULISTA MAGNI

Tu ciencia, como el alba, es precursora
De la luz que del cielo se destaca:
Del triste ser el infortunio aplaca
Que en honda cárcel de finieblas mora:

Cual la mano del Cristo, redentora,
Que el alma oscura de los limbos saca,
Rasgando el velo á la pupila opaca,
Le dá la luz que el universo adora.

Á tal prodigio del ingenio humano,
Mi frente respetuosa se doblega,
Para ensalzar su gloria merecida;

Y de hinojos besara aquella mano,
Si volviese también á mi alma ciega
El sol de la niñez: — ¡la fé perdida!

BELLEZA Y DESVENTURA

Con torpe mano, la fortuna ciega
Destruye tus mas bellos galardones:
Te colmó de ideales perfecciones
Y en mar de sombras y dolor te anega.

Con el cincel de la escultura griega
Delineó de tu rostro las facciones,
Pero eclipsando tus preciosos dones,
Hasta la luz á tus pupilas niega.

Inerte, sobre el lecho reclinada,
Quien ve tus ojos aun los mira bellos,
Con todo el esplendor de la mirada.

Solo para tu infausta desventura,
No tienen ¡ay! ni vida, ni destellos,
Esos dos astros de tu noche oscura!

CONTEMPLANDO EL RETRATO DE M. N. G.

Fueron de llamas y sabore espuma
Los pliegues de tu sábana mortuoria;
Pero en la mar no se abismó tu historia,
Ni tu cantar se disipó en la bruma.

Ya el pincel del amor tu rostro exhuma
Dando forma vital á tu memoria,
Y orlarán la diadema de tu gloria
Todas las perlas que vertió tu pluma.

¡Bardo feliz...! La eternidad no aterra
Sino al oscuro espíritu del hombre
Que no ve de otro sol la luz mas pura.....

¡Qué importa tu naufragio aquí en la tierra,
Si flotante, en un verso, va tu nombre
De una ola en otra hasta la edad futura!

LA LOCOMOTIVA

Ni el Cóndor de los Andés que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul region,
Y rasgando la túnica del cielo
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulman de tez morena
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movible arena
La media luna de su herrado pié;

Ni el barco humeante cuyo peso abruma
Y fatiga las olas de la mar
Que huyen gimiendo en desgarrada espuma,
Como luciente polvo de cristal;

Ni el areonáuta audaz, ni la ligera
Góndola del Adriático veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña hirviente
Que bulle cual la lava del volcan,
Arroja larga flecha de humo ardiente
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre arrebatando al infinito
El ala del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesi,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
Y el tiempo y el espacio y el confin.

Mas que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Agitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apenas que la tierra toca
Pasando como el rápido aquilon,

ACUÉRDATE DE MÍ

¡Oh! cuánto tiempo silenciosa el alma
Mira en redor su soledad que aumenta
Como un péndulo inmóvil, ya no cuenta
Las horas que se van!
Ni siente los minutos cadenciosos
Al golpe igual del corazón que adora
Aspirando la magia embriagadora
De tu amoroso afán.

Ya no late, ni siente, ni aun respira
Petrificada el alma allá en lo interno;
Tu cifra en mármol con buril eterno
Queda grabada en mí.
Ni hay queja al labio ni á los ojos llanto;
Muerto para el amor y la ventura,
Está en tu corazón mi sepultura
Y el cadáver aquí.

En este corazón ya enmudecido
Cual la ruina de un templo silencioso,
Vacio, abandonado, pavoroso,
Sin luz y sin rumor;
Embalsamadas ondas de armonía
Elevábanse en tiempo en sus altares,
Y vibraban melódicos cantares
Los ecos de tu amor.

¡Parece ayer!... De nuestros labios mudos
El suspiro de ¡Adios! volado al cielo,
Y escondías la faz en tu pañuelo
Para mejor llorar!

Y olas vomita de su ardiente boca
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río,
Todo se vé en su vértigo girar
Como sombras de un loco desvarío
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce retumbando el suelo
Sus huellas de rocío y de carbon,
Mientras fluctúa en el azul del cielo
Cual larga nube su penacho en pos.

¡Terrestre Leviatan! Vuela! Devora!
Con tu ala de vapor azota el viento;
Lleva á la noche el rayo de la aurora
Y al hombre esclavizado el pensamiento!

Como antorcha del siglo brilladora,
Alumbra al pueblo de la luz sediento,
Para que escriba en su pendon de guerra:
— El pueblo es rey y su sitial la tierra.

¡Hoy!... nos apartan los profundos senos
De dos inmensidades que has querido,
Y es mas triste y mas hondo el de tu olvido
Que el abismo del mar!

Pero ¿qué es este mar? ¿qué es el espacio?
Qué la distancia, ni los altos montes?
Ni qué son esos turbios horizontes
Que miro desde aquí;
Si al través del espacio y de las cumbres,
De ese ancho mar y de ese firmamento,
Vuela por el azul mi pensamiento
Y vive junto á tí?

Si yo tus alas invisible veo,
Te llevo dentro el alma, estás conmigo,
Tu sombra soy; y adonde vas te sigo
De tus huellas en pos!
Y en vano intentan que mi nombre olvides;
Nacieron, nuestras almas enlazadas,
Y en el mismo crisol purificadas
Por la mano de Dios!

Tú eres la misma aun: cual otros días
Suspendense tus brazos de mi cuello;
Veo tu rostro apasionado y bello
Mirarme y sonreír;
Aspiro de tus labios el aliento
Como el perfume de claveles rojos,
Y brilla siempre en tus azules ojos
Mi sol, mi porvenir!

Mi recuerdo es mas fuerte que tu olvido;
Mi nombre está en la atmósfera, en la brisa,
Y ocultas al través de tu sonrisa
Lágrimas de dolor;
Pues mi recuerdo tu memoria asalta,
Y apesar tuyo por mi amor suspiras,
Y hasta el ambiente mismo que respiras
Te repite ¡mi amor!

¡Oh! cuando vea en la desierta playa,
Con mi tristeza y mi dolor á solas,
El vaiven incesante de las olas.
Me acordaré de tí;
Cuando veas que una ave solitaria
Cruza el espacio en moribundo vuelo,
Buscando un nido entre la mar y el cielo
Acuérdate de mí!

ARRULLO

A CONSOLACION

Tan bella eres mujer
Que envidian tu carmin
Las flores que al nacer
Aromán tu jardín;
Y el céfiro en la mar
No iguala de tu voz
El plácido murmullo al suspirar.

El cielo tiene luces con que esmalta
Su zafir:
La tierra se embalsama con las flores
Al abrir;
Desdeña su primor,
Que amándome eres tú
Diamante, cielo, aroma, perla y flor.

La luna en su esplendor
Del céfiro al trasluz,
Esparce en derredor
Su diamantina luz;
Mas no llega á igualar
La dulce brillantez
Del fuego que destella tu mirar.

La nube del incendio no es tan blanca,
Ni sutil,
Ni la honda tiene espuma cual tu cuello
De marfil;
Y llegarla eclipsar
Las gracias de tu tez
Incienso, nube, estrella, cielo y mar.

Quien sabe si el amor
Lo forman, al nacer,
Sonrisas de placer,
Suspiros de dolor,
Pues siento, en dulce afán
Cuando me miras tú,
Sonrisas y suspiros que se van.

Si fuera mariposa de mis alas
El primor
Posara en tu albo pecho de azucenas
Y candor,
Y, oyéndolo latir,
Buscara yo en su luz
La llama de tu amor para morir.

EL SOL DE JUNIN

El ídolo imperial, de oro y topacio
Sube en su carro azul al firmamento,
Perlas de luz fulgura en el espacio
Su rueda de invisible movimiento.
Del antiguo virey sobre el Palacio
La enseña del Perú fluctúa al viento,
Mientras el Astro-Dios dora la cima
De la opulenta catedral de Lima.

Es el sol de Junin. — La ciudad bella
Que manso el Rimac con sus hondas baña,
Mira alegre la lumbre que destella
El sol que vió fugar al león de España!

El alumbró la victoriosa huella
De un pueblo infante en su mas noble hazaña,
Y oyó en los himnos de marciales notas
Del indio esclavo las cadenas rotas.

Por eso al despertar de la mañana
Y á la purpúrea luz que el alba envía,
Canta su himno la jóven soberana
Que recobró su sólio en aquel día;
Y la solemne voz de la campana
En tempestuosas olas de armonía,
Eleva religiosa al infinito
De un pueblo libre el victorioso grito.

Dios escucha, y corona la esperanza
Del que oprimido á su justicia invoca,
Y donde el pueblo á combatir se lanza
Allí el tirano á su sepulcro toca.
Si muere una nación á otra le alcanza
El libre aliento de su yerta boca,
Y hay en las almas tan estrecho enlace
Que muere un pueblo libre y otro nace.

La hoguera de ese sol que eternamente,
Ideas, hombres y épocas devora,
De Francia libre contempló la frente
Llena de majestad deslumbradora;
De sus tribunales la palabra ardiente
Era de libertad germinadora.....
¡Cayó!... pero al través del mar profundo
Su aliento vino á despertar un mundo.

Brotó, en las playas de Colon, risueña
La heroica Marsellesa otros cantares,
Y alzóse otra República que sueña
Como ella libertar tierras y mares.
Cada bosque, cada árbol, cada peña,
Al ideal de la Francia erige altares,
Y el Cóndor vé del sol la clara lumbre
Del Andes, libre, en la nevosa cumbre.

¡Salve, sol de Junin! ¡Ah! tú, radiante,
Ojo de Dios en lo alto suspendido,
Sobre las pampas de Junin triunfante
Vistes al indio de coraje henchido.
Tu pupila serena y centellante
Vió en la llanura el féretro tendido
De españoles, é indios cuya mano
Daba fuego al fusil republicano.

Tú de Ayacucho en la breñosa cumbre,
Como un broquel de fuego refulgente,
Vibraste al alba la primer vislumbre
Que saludó la libertad naciente.
El indio á combatir la servidumbre
Vió el vuelo de sus dardos impotente,
Y equilibrando el triunfo en la balanza
Trocó su flecha por la dura lanza.

Allí se oyó el clarín de la batalla
Y el ronco parche del tambor guerrero,
Y entre el humo, y el fuego, y la metralla,
Lidió el hijo del sol contra el ibero.
No hubo del indio á los impulsos valla;
Airado al español, blandió el acero
Viendo eclipsarse en la peruana historia
Los viejos lauros de su muerta gloria.

Crece la lucha; la venganza aumenta
De Atahualpa infeliz el grito santo:
De libertad y sangre está sedienta
¡La patria que tres siglos vertió llanto!

Largo, oculto rencor, al indio alienta,
Ni el sable, ni el fusil causanle espanto;
Victimas y verdugos, confundidos,
Mezclan al expirar sus alaridos.

Contra bosques humanos, en que el fuego
Del bronce atronador rompe y estalla,
Lánzase el español, de furia ciego,
Lidia..... sucumbe ¡la victoria no halla!!
Sube hasta Dios su agonizante ruego
Desde el charco de sangre en que batalla,
Y su cadáver rueda entre peñascos,
Quebradas lanzas y abollados cascos.

Mas que el fiero huracan, cuando revienta
Y en las envueltas ondas se desata,
Azotando su cólera violenta,
Crespas montañas de luciente plata;
Mas que el fragor horrendo que amedrenta
Al despeñarse inmensa catarata,
Atronaba la lid los horizontes
Y retumbaba en los lejanos montes.

Arrójense á los indios dispersados
Que apenas luchan con rodilla en tierra,
De sable corvo y de coraza armados
Diestros ginetes cuya lanza aterra.
Pléganse en derredor nuestros soldados
De su abatido pabellon de guerra,
Y caen, como flores de sus tallos,
Bajo los férreos piés de los caballos.

¡Victoria! clama el español; sañudo
Hiende, taja, destroza y atropella,
Sin que al indio el valor sirva de escudo
De dar su sangre por su patria bella.
De los iberos al embate rudo
Riega de nuestra sangre una ancha huella,
Y triunfan sobre alfombras de patriotas
Muertos corceles y corazas rotas.

Bajo el opaco sol el hierro cruce,
Retiembla el suelo y el fusil se inflama,
Mortífero aquilon de fuego ruge
Y enciende el aire abrasadora llama.
El indio cae á tan tremendo empuje
De sus campiñas en la verde grama,
Y abrazando la lanza que le hiere
Murmura ¡libertad!... suspira..... y muere!

Mas..... ¿qué sucede? el español temido
Torna á su vez la fugitiva espalda;
Cesa de su cañon el estampido
Y huye del monte á la vecina falda:
Trémulo de pavor, descolorido,
No busca ya del tiempo la guirnalda,
Cual si en el humo que en el aire sube
Viese el brazo de Dios entre una nube.

Y en efecto, le vió. De una colina
Como la tempestad bajó un guerrero,
La muerte en torno de él se arremolina
Pero huye al golpe de su heroico acero.
Su mirada un relámpago fulmina
Que hiela el alma del feroz ibero:
Con él de un mundo el porvenir batalla,
Y obediente á su voz la muerte calla.

« La patria, dice, uncida á su cadena
Que hoy libre sea, ó con valor sucumba;
¡Ó muerte, ó libertad! » — Su sable truena
Y en cien corazas repetido zumba.
Nada el coraje del peruano enfrena;
Su campo de victoria es una tumba
Do se alza de Bolivar denodado
Rojo el penacho del morrion dorado.

¡Salve, sol de Junin! — Triunfó el peruano
Del leon rapaz que ensangrentó su historia;
De los cielos el Justo Soberano
La palma dió al Perú de la victoria.
Escrita de Junin quedó en el llano
De los vireyes la fatal memoria,
Y hoy, bajo el pié del caminante, impresos
Aun se ven en tierra..... ¡blancos huesos!

Á JOSEFA CARVAJAL

Si; la pura amistad hija del cielo
Es un perfume misterioso y santo,
Es un ángel de paz y de consuelo
Que entre los pliegues de su casto velo
Recoge como perlas nuestro llanto.

Quando del hondo cáliz la amargura
Bebemos en la vida lentamente,
Y no hay luz, ni esperanza, ni ventura,
Aun queda á los que lloran la ternura
De un seno amigo en que inclinar la frente.

¿Quién inspiraba al indio tal bravura
Bajo las garras del leon de España,
Si era, oculto en sus selvas de verdura,
Libre cual la paloma en la montaña?
Él dejaba llorando á su ternura
En el rústico umbral de su cabaña,
Sus verdes lomas y sus dulces quenás,
Por quebrantar ¡oh patria! tus cadenas.

Oyó de *Libertad* la voz risueña
Que un mundo de esperanzas le ofrecía,
Y dejó por la lid la inculta breña,
Su cielo siempre azul, su selva umbría.
Sus hijos esperando en una peña
Sentados, ¡ay! al declinar el día
Devoran con los ojos la llanura.....
¡Y el indio halló en Junin su sepultura!

¡Huérfanos! consolad vuestros dolores;
Madres de duelo, desgarrad el luto;
Ese riego de sangre os dará flores,
Amarga es la raíz y dulce el fruto.
Del sol de libertad los esplendores
Mirad serenos con el rostro enjuto.....
¿Por qué derramas lágrimas y penas?
¡Habeis cambiado de amos y cadenas!

Dios hizo del amor un niño ciego,
Se revistió de deslumbrantes galas,
Y al verlo huir por los espacios luego
Desplegando ante el sol alas de fuego,
Hizo *amor la amistad*, pero sin alas!

Ámame así con la constancia pura
Del amistoso amor dó no hay abrojos;
Y cuando baje á la mansion oscura
Conságrame un recuerdo de ternura
Bañado en una perla de tus ojos.